

A Esteban Rodríguez

En la vida hay personas que sabemos, a ciencia cierta, que podemos contar con ellas.

Hay personas que tienen el don de la ubicuidad, están allí donde hacen falta, sin siquiera llamarlas.

Hay personas que tienen la sonrisa franca, aún en medio de la peor tempestad, y saben que pueden calmar nuestras ansias y nuestros miedos, apenas con ella.

Hay personas que no conocen de jerarquías, de órdenes, de pedidos, de deberes, con y sin comillas, simplemente están en el lugar preciso, a la hora señalada, como si supieran de antemano cuándo las necesitamos y para qué las necesitamos.

Hay personas que hacen parte del río y fluyen como él hasta el mar, y a cada palada de su bote se acercan un poco más al sendero infinito de la vida, hasta formar parte de él.

Hay personas inenarrables, que transforman en vida todo lo que tocan, que saben cuándo amigas y amigos precisan de su energía, y no esperan un segundo, ni calculan un centavo para dar lo que hace falta, se llame techo, alimento o abrazo.

Hay personas que distinguen que hay un tiempo para cada cosa, aunque no tengan presente el Eclesiastés y no sepan, a ciencia cierta, cuál es el tiempo que ahora nos ocurre.

Hay personas que llaman cuando ya nadie lo hace, que callan cuando el murmullo es insoportable, que simplemente ríen cuando es preciso.

Hay personas que dan todo de sí, sin esperar que el cielo, hombre o mujer alguna, los abrace por eso.

Hay personas que nos habitan en las otras vidas que vivimos, en esas de los sueños, en esas de los recuerdos, en esas que están más allá de la rutina y donde nos encontramos – de vez en cuando – sin aviso previo, haya pasado un mes o un año, simplemente para sonreír en homenaje al tiempo donde fuimos alegres y espontáneos, en medio del frío.

Hay personas como Esteban, pero son pocas.

Y a él le digo:

Hay cosas dejadas sin decir, hay cosas que se dijeron a tiempo, hay cosas que te recordarán por siempre, aquí y allá por donde caminemos las personas con las que hiciste un recodo del camino.

El tiempo siempre parecerá más brillante cuanto más lejano, pero el momento de recordarte es ahora y ahora te recuerdo más brillante que nunca.

Me toca decirte hasta siempre, querido amigo, sin filosofías de ocasión, sin exhibir recuerdos privados, sólo con lágrimas, agua al fin, de ese río que tanto amabas.

Como decía el poeta del que alguna vez te hablé, quiero decirte:

Hacia ti convergen sin fin las incesantes cosas del universo

Todas te escriben y quienes te seguiremos en el giro, debemos descifrar esas escrituras.

Se que somos inmortales

Se que nuestra órbita no puede ser medida por el compás de un carpintero

Se que no te perderás como la espiral que en la oscuridad traza un niño con un palo encendido

Se que eras enorme y que existes en todos nosotros, en todas nosotras, tal como eras, que almas como la tuya no deben pedir disculpas, porque todo lo dieron.

Todos y todas en el mundo saben que marchaste satisfecho y que, si entras en posesión de tu mundo ahora o dentro de diez millones de ciclos, dará lo mismo, se puede esperar, porque tuya es la hora.

La base en la que se apoya tu recuerdo es de firme granito

Me río de lo que llaman disolución

Miro a los ojos de los presentes y te digo hasta siempre, querido Esteban.

Hasta siempre.